

Islas míticas en relación con Canarias

Marcos MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

marcosmarthdez@telefonica.net

Recibido: 24 de octubre de 2009

Aceptado: 30 de noviembre de 2009

RESUMEN

En este artículo estudiamos algunas cuestiones de nesología, como el concepto mismo de isla, las islas en la literatura (concretamente griega y latina) y su tipología, especialmente las islas míticas, algunas de las cuales (Islas de los Bienaventurados, Islas de las Hespérides, Atlántida, Islas Afortunadas, San Borondón) las analizamos en relación con las Islas Canarias.

Palabras clave: Nesología, islas, tipología, islas míticas, Islas de los Bienaventurados, Islas de las Hespérides, Atlántida, Islas Afortunadas, San Borondón, Islas Canarias.

ABSTRACT

In this paper we study some questions of nesology, as the concept of island, the islands in the literature (specifically greek and latin) and their typology, particularly the mythic islands, some of them (Isles of the Blest, Hesperides Islands, Atlantis, Fortunate Islands, Saint Brandan), we analyse connected with the Canary Islands.

Key words: Nesology, islands, typology, mythic islands, Isles of the Blest, Hesperides Islands, Atlantis, Fortunate islands, Saint Brandan, The Canary Islands.

1. Desde Homero y Hesiodo (s. VIII a. C.) las islas han recibido un tratamiento especial en el saber geográfico, hasta el punto de constituir un tipo de información específicamente insular que denominamos *Islarios* (*Isolarii* en italiano) o libros sobre islas, que proceden de las descripciones de islas de autores grecolatinos clásicos y de los enciclopedistas medievales desde Isidoro de Sevilla en adelante. En la base de estas curiosas obras hay que situar apartados específicamente insulares en geógrafos griegos como el libro XIV de la *Geografía* de Estrabón (64 a. C. - 24 d. C.) o el libro V de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia (s. I a. C.), en el que se pasa revista a las islas más importantes del Mediterráneo y Océano, empezando por Sicilia, y que tiene por título *Nesiotiké* («tratado de las islas»), por lo que pueden considerarse el primer *Islario* de la literatura occidental. Después de Diodoro serán autores latinos como Plinio el Viejo y Pomponio Mela (s. I d. C.) los que continuarán con esta tradi-

ción hasta culminar en el siglo XIV con la obra de Domenico Silvestri, quien compuso su *De insulis et earum proprietatibus* con la intención de complementar el *De montibus et silvis* de Boccaccio. Después de la obra de Silvestri vendrán los famosos *Isolarios* italianos como el de Cristoforo Buondelmonti (1420), Benedetto Bordone (1528) y T. Porcacchi (1576), basándose en los cuales publicará el español Alonso de Santa Cruz su *Islario General* hacia 1539. Así, pues, desde los comienzos mismos de la literatura griega y, en consecuencia, de la literatura occidental, la isla cuenta con un género literario específico: los *Islarios*. En época reciente una de las últimas obras de este género que conozco es el *Islario* de la escritora argentina May Lorenzo Alcalá, que subtítulo *Viajes reales e imaginarios por la América del Sur* (Buenos Aires, 1997). Para toda la cuestión de los *Islarios*, especialmente en relación con las Islas Canarias, véanse los artículos de J. M. Montesdeoca (2007 y 2008).

2. Definir qué es una isla no resulta tarea fácil. Bien es verdad que los geógrafos y diccionarios al uso nos la suelen definir, en general, como porción o núcleo de tierra rodeada de agua por todas partes y nos la ponen en contraposición a los continentes. Según esta definición el planeta entero es una isla, como ya lo afirmara en el siglo primero de nuestra era el geógrafo griego Estrabón cuando sostenía que por conocimiento empírico no quedaba más remedio que aceptar que el orbe habitado era una isla. Se dice que hay más de medio millón de islas en el planeta, siendo Indonesia el archipiélago más numeroso con unas trece mil islas. Las hay tipo continente, como Australia o Groenlandia, con millones de km² cada una. Las hay que son naciones, como Japón o Gran Bretaña, e incluso alguna con dos naciones, como Haití y la República Dominicana. Las agencias de viajes modernas de todo el mundo, y toda la retórica publicitaria inherente a ellas, no se cansa de recordarnos el viaje a alguna isla como lugar de ocio muy diferente al continental, proponiendo clasificaciones insulares un poco pintorescas, como la realizada por la revista *Grandes Viajes* en su número 19 (julio de 1996), en donde se seleccionaban las cien islas más fascinantes del mundo clasificadas en «islas paradisíacas» (Maldivas, Bora Bora, Bahamas, etc.), «islas por descubrir» (Aland, Simi, Flores, Cabo Verde, etc.), «islas de cine» (Alcatraz, Isla del Diablo, Madeira, etc.), «islas de las especias» (Zanzíbar, Sri Lanka, Molucas, etc.), «islas de piratas» (Gran Cayman, la Tortuga, Jamaica, etc.), «islas exclusivas» (Lizard Island, Mustique, Vahine, etc.), «islas históricas» (Chipre, Creta, Elba, Santa Helena, etc.), «islas salvajes» (Galápagos, Borneo, Tasmania, etc.), «islas de frío» (Islandia, Faeroe, Baffin, etc.) e «islas de misterio» (Pascua, Bermudas, Orcadas, etc.).

3. Pero fuera de la geografía y el turismo las islas son otra cosa. Son todo menos realidades geográficas. Han estado siempre rodeadas de una mística muy especial y cargadas de un rico simbolismo. La fascinación por las islas se ha dado en todas las épocas y en todas las latitudes. Desde tiempos inmemoriales, poetas y narradores han convertido la isla en el lugar idóneo para el desarrollo de las más insólitas aventuras y fenómenos de todo tipo, dado que una isla viene a ser, con mucha frecuencia, como una especie de centro de atracción al que convergen innumerables sueños, deseos e

ideales humanos. Por eso no resulta nada raro que la isla, como objeto de estudio, forme parte de tantas disciplinas como pueden ser la Religión, la Psicología, la Filosofía, la Mitología, la Historia y la Literatura, entre otras. Así se entiende que el ilustre poeta canario Luis Álvarez Cruz definiera las islas como «porciones de tierra rodeadas de teorías por todas partes». En este sentido las islas son un *alter orbis* (otro mundo), espacios privilegiados y los lugares apropiados de lo que podríamos llamar la geografía mental. En el capítulo titulado «Prestigio de las islas», de su libro *Isla cofre mítico* (1951), decía el gran maestro del surrealismo, E. F. Granell, que «las islas señalan el horizonte invisible, pero presentido, de la imaginación. Hacia ellas se encamina toda idea de ensueño, de fábula, de felicidad, de armonía, de calma, de pereza, de liberación...». Esto explica la mística particular que rodea a las islas y su riqueza alegórica de la isla-refugio, la isla-soledad, la isla-libertad, o sea, la isla como meta soñada o ideal a alcanzar, sinónimo de viajes y descubrimiento. Las islas son los lugares especialmente idóneos para lo imaginario. Como decía el famoso medievalista C. Kappler (1986), son los espacios en los que, por naturaleza, lo maravilloso, lo extraordinario, lo mítico y legendario existe por sí mismo fuera de las leyes habituales. Son, en definitiva, «tierras llenas de encanto», como decía el gran escritor británico Lawrence Durrell (1912-1990), en su conocido libro *Las islas griegas* (1978), uno de los «islómanos» universales más conocido.

4. La isla como lugar privilegiado es el panteón de los espacios más representados en la *literatura*. A lo largo de los siglos estos espacios fabulosos que son las islas han fecundado nuestra imaginación y han engendrado una abundante literatura de novelas insulares en los que los navegantes, piratas, misioneros, mercaderes, colonos, etc., son sus actores principales, al ser el paraje feliz por antonomasia y el lugar de todos los posibles. De ahí la extraordinaria abundancia de islas literarias que se recogen, por ejemplo, en la soberbia obra de A. Manguel y G. Guadalupi, *Guía de lugares imaginarios* (Alianza, Madrid, 1992). La presencia de la isla como motivo literario ha sido ininterrumpida en las literaturas occidentales desde Homero hasta hoy en día, siendo la *literatura griega* el germen de todas las literaturas europeas posteriores. No es de extrañar que un pueblo como el griego, que cuenta con más de tres mil islas en su geografía, haya desarrollado una rica literatura insular desde la misma *Odisea* (isla de Circe, de Calipso, de los Feacios, de los Cíclopes, de los lotófagos, etc.) y el libro primero de los *Relatos verídicos*, de Luciano de Samósata (s. II d.C.), por citar solamente dos clásicas obras insulares de esa literatura. La *literatura latina* es menos rica en la explotación literaria del motivo de la isla, que juega cierto papel, por ejemplo, en la *Eneida* de Virgilio. Autores como Plinio el Viejo y Pomponio Mela (s. I. d. C.) dan cabida en sus obras, *Historia natural* y *Corografía*, respectivamente, a abundantes descripciones de islas, reales y fantásticas, con acopio de noticias curiosas y hechos extraordinarios. Una de las islas más citadas en la literatura latina es la legendaria Tule, citada por nuestro Séneca en su *Medea*, en los famosos versos en que profetiza unos tiempos venideros en los que se descubrirán nuevas tierras y Tule ya no será el límite del universo. Para todo lo relacionado con Tule, véase la magnífica monografía de la helenista belga M. Mund-Dopchie (2009). Fuera de las literaturas clásicas, el

motivo de la isla literaria es muy importante también en la *literatura celta* irlandesa en los siglos VIII y siguientes. La forma más socorrida del empleo de este motivo en esta literatura es la del *imram* o viaje a islas dispersas, narrado por un superviviente que acentúa los elementos maravillosos de su peripecia. No está claro si en estas narraciones se trata de marineros que realmente habían viajado o si pertenecen totalmente al mundo de la ficción. Lo que resulta evidente es que, independientemente del elemento de verdad que pueda existir en estos *imrama*, una buena parte de ellos tiene como base una ficción procedente de la antigua mitología celta. Es lo que ocurre en obras como el *Viaje de Maeldúin* (s. IX), el *Viaje de Snedgus* (s. IX o X), el *Viaje de Hui Corra* (s. XI), y la famosa *Navigatio Sancti Brendani* (anterior al s. X), de la que hablaremos más adelante a propósito de la isla de San Borondón. Para la cuestión de los *imrama* véase el trabajo de C. Alberto Vega (1950). Literatura muy rica también en el motivo insular es la *literatura árabe*, de la que A. Arrioli ha entresacado un espléndido *Islario maravilloso* (Julio Ollero Editor, Madrid, 1992), donde se describen más de sesenta islas, muchas de ellas pertenecientes a *Las mil y una noches* (s. IX al XV), en concreto al cuento de *Simbad el marino*, que ocupa las noches 537-566. Al ser el inglés un pueblo insular nada tiene de extraño que en la *literatura inglesa* (y por extensión en la *norteamericana*) hayan nacido alguno de los tipos literarios de islas más famosos. Es el caso, por ejemplo, de *La isla del tesoro* (1883), de R. L. Stevenson, pero, sobre todo, de *Robinson Crusoe* (1719), de Daniel Defoe, de la que ha surgido todo un nuevo género literario insular conocido como *robinsonada* (término, al parecer, creado por Karl Marx en 1867, que veía en la historia del británico una ilustración del nacimiento de la economía capitalista), que podría definirse como relato en el que el ser humano arrostra en solitario o en grupo dificultades extremas para la propia supervivencia. Después de la obra de Defoe proliferaron las robinsonadas y entre las más ilustres cabe mencionar *El Robinson de los jóvenes* (1779), de J. H. Campe; *El Robinson suizo* (1812), de J. D. Wyss; *El Robinson del Pacífico* (1835), de J. F. Cooper y *El Señor de las Moscas* (1954), de W. Golding. Para la cuestión del Filoctetes de Sófocles como precursor de las robinsonadas posteriores remitimos a nuestro trabajo de (2004a). La visión insular impregna profundamente toda la literatura de expresión anglosajona, desde la famosa *Utopía* (1516), de Tomás Moro, hasta el antillano Derek Walcott, premio Nobel de Literatura en 1992, uno de cuyos libros de poesía más famoso lleva por título precisamente *Islas*. A pesar de no ser insulares, los franceses cuentan entre sus escritores algunos de los más representativos de la literatura universal por la importancia de las islas en sus obras. De la riquísima *literatura francesa* podrían seleccionarse tres autores en los que la presencia de las islas es importante: *Los viajes de Sir John Mandeville* (segunda mitad del siglo XIV); el cuarto y quinto libros de *Gargantúa y Pantagruel* (1552), de F. Rabelais y *Le Nouveau Gulliver* o *Voyage de Jean Gulliver* (1730), de P. F. G. Desfontaines. De la abundante *literatura portuguesa* seleccionaría solamente la *Crónica do emperador Clarimundo* (1522), mientras que en la *literatura castellana* destacaría la rica literatura del Siglo de Oro, en la que el mito de las «insulas» (cf. A. Navarro, *El mito marinero de las insulas*, Las Palmas de Gran Canaria, 1964) está muy presente en obras como *El caballero Cifar*, *El Amadís de Gaula* y el *Persiles* cervantino. Hasta aquí algunas de las principales obras y sus literaturas en la cultura occidental. En todas ellas las islas representan todo lo que no se tiene, lo que se

perdió o lo que nunca se poseyó; lo que se ansía y lo que se teme. Son lo que permite dar rienda suelta a la imaginación, tanto para evadirse de un mundo rutinario como para adentrarse en especulaciones que rozan la frontera de lo metafísico.

5. En alguno de nuestros trabajos, hace años que propusimos a la comunidad científica la creación de una nueva rama del saber que bautizamos con el nombre de *Nesología*, que tendría que ver con todo lo relacionado con las islas desde cualquier punto de vista: el mito, la historia, la literatura, el arte, la música, la filosofía, la psicología, etc. (cf. 1998-99). Vendría a ser una «ciencia de las islas» en su más amplio sentido (como propone A. Moles, en «Nissologie ou science des îles», en *L'Espace Géographique*, 4, 1982, 281-89). Nuestra concepción de la nesología, sin embargo, difiere en cierta medida de la de A. Moles, gran especialista de la «Psicología del Espacio», quien en su propuesta aborda la isla desde la perspectiva más bien psicológica, centrándose sobre todo en el fenómeno de la de por él denominada «isleidad», para continuar luego con cuestiones como la isla y la política, el romanticismo insular, la psicología social de la isla, etc. Por nuestra parte, en cambio, pensamos que serían propias de una Nesología, entre otras, cuestiones como las siguientes:

a) *Fenómenos de nesonimia*. Es decir, las maneras de denominar las islas: cómo unas proceden de nombres de dioses (isla de Crono, etc.), de héroes (isla de Aquiles, etc.), de determinados mitos (Isla de las Hespérides, etc.), de animales (Isla de las cabras, etc.), de ciertos productos (Isla de la Sal, etc.), de determinada flora (Isla de los pinos, etc.), etc. La casuística por la que se da nombre a una isla puede ser muy extensa y lo que hemos apuntado es sólo una pequeña muestra de la cuestión.

b) *Fenómenos de polionimia o sinonimia*: es decir, cómo una misma isla tiene a lo largo de su historia varias denominaciones sucesivas o simultáneas. Es el caso, por ejemplo, de la mítica isla de Aquiles, llamada por Plinio unas veces *Achilea*, otras *Leuce* y otras *Macaron*.

c) *Fenómenos de metonomasia o cambio de nombre*: es decir, cómo una isla, llamada de una manera, pasa a denominarse de otra en un momento dado. Es el caso, por ejemplo, de la isla griega de Delos, que hasta una época concreta se llamaba *Adelos* («La invisible») y andaba errante, hasta que pasó a quedarse fija y pasó a denominarse *Delos* («la visible»), por haber aceptado el culto a Apolo en un momento de su mítica historia.

d) *Problemas de identificación o localización de las islas*. No todas las islas descritas en los textos antiguos podemos identificarlas con exactitud. Por ejemplo, ¿cuál podría ser hoy la legendaria Tule? ¿Y la mítica Oigia?. Las posibilidades que se han barajado son muchas, algunas de ellas muy bien razonadas por sus defensores.

e) *Estudios de los Islarios*: es decir, de esas enciclopedias insulares u obras específicas sobre islas, que, como género literario, se remontan a la Antigüedad, pero que modernamente empiezan a aparecer a partir del siglo XIV en Italia y continúan publicándose hasta bien entrado el siglo XVIII, tal como expusimos en el parágrafo 1.

f) *Aspectos de nesogonía*: es decir, las cuestiones relacionadas con los orígenes de las islas. Geográficamente las islas pueden surgir por diversos fenómenos geológicos

como hundimientos, subida del nivel del mar, movimientos volcánicos, etc. Pero en el mundo del mito y la ficción los orígenes insulares son muy distintos: por metamorfosis provocadas por los dioses (Egina, por ejemplo, la madre de Eaco, es transformada en isla por Zeus), o porque un dios la hace surgir del fondo del mar (como es el caso de Rodas), o por un astro caído del cielo (como es el caso de Delos que anteriormente se llamó Asteria), o por un flechazo del dios Apolo (así nació la isla Anafe), o por piedras arrojadas por los dioses (como es el caso de la isla Caliste, «la más hermosa»), o por golpes de Posidón en las montañas (como ocurre con Cerdeña, Eubea y Chipre), etc.

g) *Clasificación o tipología de las islas*: No todas las islas mencionadas en las obras historiográficas o literarias son iguales: hay que separar las que pueden identificarse como geográficamente reales y las que serían sólo meras ficciones poéticas. A su vez, éstas últimas podrían clasificarse en míticas, legendarias, utópicas, escatológicas, flotantes, fantásticas, fantasmas, mágicas, perdidas, encantadas, etc., que son categorías que hemos estudiado ya en alguno de nuestros trabajos.

6. De la tipología insular que hemos esbozado en el párrafo anterior conviene que nos detengamos ahora en las que hemos denominado *islas míticas*. En nuestro trabajo dedicado a ellas («Islas Míticas», en *Realidad y Mito*, Ed. Clásicas, Madrid, 1997, 19-43) las hemos definido como aquellas islas en las que el mito juega un papel importante en su historia o en las que se desarrolla por completo un determinado mito. En cualquier caso, la conexión con el mito, cualquiera que ésta sea, resulta determinante para nuestra calificación de isla mítica. La isla es el territorio mítico por excelencia. Si hay lugares especialmente adecuados a lo imaginario son las islas. De ahí que desde la antigua Grecia las islas sean los lugares predilectos para los más extraordinarios mitos que tienen que ver con seres divinos y heroicos, desde las aventuras de los Argonautas hasta el regreso de Ulises a Ítaca, pasando por las andaduras de Heracles o los avatares de un Eneas. Que la mitología griega privilegia las islas se puede comprobar por el simple hecho de que casi las tres cuartas partes de los dioses olímpicos son isleños o tienen estrechos vínculos con islas: Zeus nace en Creta, Hera en Samos, Apolo y Ártemis en Delos, Afrodita en Chipre, Hefesto vive en Lemnos, etc. Otras muchas islas llevan, por otro lado, el nombre de algún dios o héroe: Isla de Apolo, Islas de Perséfone, Isla de Dioniso, Isla de Ares, Isla de Crono, Isla de Heracles, Isla de Diomedes, Isla de Sarpedón, etc. En el espacio atlántico, que es el que a nosotros más nos interesa, de norte a sur, además de las islas y archipiélagos reales (como Islandia, Irlanda, Inglaterra, Azores, Madeira, Canarias, Cabo Verde, etc.) hay un sinfín de islas imaginarias de mayor o menor crédito (entre las que cabe citar las islas de Ogigia, Elixoia, Eritía, Atlántida, Hespérides, Gorgadas, San Borondón, Avalón, Antilla, Vinlandia, Islas de los Bienaventurados, Islas Afortunadas, etc.), en las que la conexión con el mito, el Más Allá, la utopía o la paradoxografía es muy fuerte. Para este conjunto de fenómenos en relación con las islas citadas he propuesto hablar de *Imaginario atlántico grecolatino* que en relación con Canarias incluiría el estudio de los siguientes diez temas: Océano, Columnas de Hércules, Isla de los Bienaventurados, Jardín de las Hespérides, Campos Elisios, Islas Afortunadas, Atlántida, Jardín de las Delicias, Paraíso y San Borondón (cf. nuestro libro *Las Islas Canarias en la Antigüedad Clásica. Mito. Historia*.

Imaginario, CCPC, Zamudio, 2002). Este imaginario lo intenté organizar de manera sistemática, creo que por primera vez, en mi libro *Canarias en la Mitología* (Tenerife, 1992), tratando de explicar el origen exacto de cada tema o fenómeno mítico de los citados y el porqué de su relación con las Islas Canarias.

7. A la hora de hablar de la nomenclatura de las Islas Canarias es fundamental distinguir cuatro planos. Uno es el que corresponde a los *nombres actuales*, la mayoría derivados de los primeros portulanos y mapas mallorquines, italianos y catalanes a partir del siglo XIV (como es el caso de Lanzarote, La Palma, El Hierro o La Gomera). Otro es el de los *nombres aborígenes*, cuestión siempre muy delicada de abordar, como ocurre con nombres como los de Tenerife, Tebicena, Erbania, Tamarán, etc. Un tercer plano corresponde a los *nombres latinos* que cita Plinio en su *Historia natural* (libro VI, 32, 202-205), donde por primera vez se cita un Archipiélago, que indudablemente es el nuestro, con los nombres de *Ombrios*, *Junonia*, otra *Junonia* más pequeña, *Capraria*, *Ninguaria*, *Canaria*, *Planaria*, *Invale* y *Pluvialia*. La asignación de estos nesónimos a islas actuales es una cuestión harto discutida en la historiografía canaria que aquí no podemos ni siquiera esbozar. Baste decir que de este catálogo sólo *Ninguaria* (Tenerife) y *Canaria* (Gran Canaria) podrían asignarse con cierta probabilidad a islas actuales. Por último, está un cuarto plano correspondiente a las *denominaciones míticas*, tanto singulares como plurales, que de una u otra manera se han querido relacionar con nuestras islas. Para la cuestión general de las denominaciones de las Islas Canarias a lo largo de su historia remitimos a nuestro trabajo de (1994a). Las cuatro denominaciones míticas más importantes son las Islas de los Bienaventurados, las Islas Hespérides, Atlántida y las Islas Afortunadas. Veamos a continuación brevemente cada una de ellas:

7.1 Islas de los Bienaventurados

Es la traducción del sintagma griego *Makáron nêsoi*, que aparece por primera vez en la obra de Hesiodo (en torno al 700 a. C.), *Trabajos y Días* (versos 156-173), y que en otras lenguas se traduce por «Inseln der Seligen» (alemán), «Isles of the Blest» (inglés), «Îles des Bienheureux» (francés), etc. Pero como todo depende del sentido que le demos al adjetivo *mákar*, son posibles también otras versiones como «Islas de los dioses», «Islas de los Dichosos», «Islas de los Felices» e incluso «Islas de los muertos». La expresión griega la tradujo al latín por primera vez Plauto, en su obra *Los tres centavos* (hacia 188-186 a. C.) con la expresión *fortunatorum insulae*, de donde resultaría posteriormente la expresión *Fortunatae Insulae*, de donde la traducción española «Islas Afortunadas» que analizaremos más adelante. El concepto de «Islas de los Bienaventurados» como tal tendría una historia de casi tres mil años desde Hesiodo hasta nuestros días en la cultura occidental. Respecto a su origen, se le ha querido remontar hasta la civilización sumero-mesopotámica (es la teoría de V. Manfredi, 1995) del tercer milenio a. C. (en concreto al poema sumerio *Gilgamesh*), sin que falten autores que lo retrotraigan a la cultura egipcia, de donde pasaría al mundo griego a través de la isla de Creta (es la teoría de J. G. Griffiths, 1947, entre otros). Su presencia también en la cultura celta y británica ha hecho que otros autores lo sitúen

en el marco de una herencia común indoeuropea en la que aparecería la idea de una pradera de dulce clima que separaría al mundo de los vivos del de los muertos (como supone M. García Teijeiro, 1985), aunque su existencia en la cultura china y en tribus indias del sudoeste americano han llevado a suponer que más bien se trate de una concepción del imaginario colectivo de la humanidad, según el cual ésta ha vivido, vive o vivirá en una tierra de felicidad que podría encontrarse en muchas partes, casi siempre al oeste (cf. los trabajos de W. J. Perry, 1921 y W.P. Yetts, 1919). Ahora bien, no todos los textos grecolatinos, antiguos y medievales, que nos hablan de unas «Islas de los Bienaventurados o Afortunadas» tienen el mismo valor, de forma que en la historia y evolución de este concepto distinguimos hasta cinco planos, fases o tipos de textos (véase nuestro trabajo de 2006a para mayores detalles de la siguiente clasificación):

a) *Fase mítica*. Corresponde a la primera aparición del concepto en Hesiodo en la obra anteriormente mencionada, en la que se nos habla de un lugar de residencia reservado para unos héroes tipo Menelao, Aquiles, Héctor, etc. que por sus hazañas y buen comportamiento son recompensados por los dioses a vivir felizmente, libres de preocupaciones, en unas islas dotadas con las características propias del mito de la Edad de Oro: suavidad de clima, naturaleza fértil y pródiga en frutas, ausencia de guerras, vida sin trabajo, perpetua juventud, etc. En este sentido nuestro concepto viene a coincidir con el de *Llanura Elisia* o *Campos Elisios* que se documenta por primera vez en la *Odisea* (canto IV, 563 y ss.).

b) *Fase místico-religiosa*. En un segundo momento, hacia el s. V a. C., se produce un importante giro en la historia de nuestro concepto. En esta fecha Píndaro, en su *Olímpica II* (versos 68-80) emplea nuestra expresión no como morada de héroes, sino como residencia de las almas de los que a lo largo de su vida se han mantenido alejados de toda injusticia e iniquidad. Desde este momento son las almas y no los héroes los que residen en estas islas. A partir de ahora *Islas de los Bienaventurados* y *Campos Elisios* serán los lugares del imaginario griego para la residencia de héroes y almas después de abandonar la vida. En este sentido las Islas de los Bienaventurados serían también unas *islas escatológicas* o islas relacionadas con el Más Allá (*Toten Inseln* en terminología alemana) como serían la isla *Eea* (morada de la maga Circe), la isla *Leuca* «Isla Blanca» (morada de Aquiles), la isla *Tanatus* «Muerte», de la que nos habla Isidoro de Sevilla, y la Isla de Crono, de la que nos habla Plutarco (sobre todas estas islas nos hemos pronunciado en nuestro trabajo de 1994b).

c) *Fase geográfica*. Se produce cuando se transfieren a unas islas geográficamente reales los elementos míticos y religiosos propios de las dos fases anteriores, lo cual ocurre, a nuestro parecer, hacia el siglo III o II a. C., cuando unas islas del Atlántico, que podrían ser Azores, Madeira, Canarias o Cabo Verde (pero que, por razones que no tenemos aquí espacio para exponer, pensamos que son las Canarias, como creemos haber demostrado en nuestro trabajo de 1993), empiezan a ser visitadas y descritas en la literatura grecolatina, en autores como Estrabón, Plutarco, Pomponio Mela y Plinio el Viejo, entre otros.

d) *Fase literaria*. Tiene lugar cuando los autores emplean nuestra expresión como simple adorno retórico o mera referencia poética, sin connotaciones míticas, religiosas o geográficas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la descripción de las «Islas de los Bienaventurados» que hace Luciano (hacia el 165 d. C.) en sus *Relatos verídicos* (II,

5, 29), donde se nos habla de estas islas cual si se tratara de una novela, en la cual precisamente los *Campos Elisos* aparecen ubicados en las *Islas de los Bienaventurados*.

e) *Fase mixta*. Por último, hay que separar una última categoría de textos correspondientes a autores que en su descripción mezclan datos de alguna de las categorías anteriores, como ocurre, por ejemplo, cuando se habla de unas islas geográficas reales con detalles de tipo mítico o religioso, tal como sucede en el conocido pasaje de las *Etiologías* (XIV, 6, 8-9) de Isidoro de Sevilla (s. VI-VII), que citaremos más adelante.

De la expresión griega *Makáron nesoi* el geólogo y botánico inglés Philip Baker Webb (1793-1854) acuñó en el siglo XIX el término *Macaronesia*, para designar la región biogeográfica constituida por los Archipiélagos de las Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde, que son, por otra parte, las islas atlánticas que esporádicamente se han llamado «Islas de los Bienaventurados» o «Afortunadas» en la Antigüedad, aunque de todas ellas son sólo las Canarias las únicas que todavía hoy siguen manteniendo la denominación de «Islas Afortunadas» que, como reclamo turístico-publicitario, le sigue proporcionando pingües beneficios.

En los textos árabes de los siglos IX al XV encontramos una serie de noticias que tienen que ver con Canarias, y donde se emplea también una nomenclatura mítica para su designación. Aquí nos encontramos con nombres como *Al-Jazair al-Jalidat*, que traducimos por «Islas Eternas», *Al-Jazair as Saadat* o «Islas de la Felicidad» y *Al-Jazair as Suadet* o «Islas de los Bienaventurados». Se está de acuerdo en que todas estas denominaciones son otras tantas versiones árabes del concepto griego *Makáron nesoi*, tal como hemos podido demostrar en nuestro trabajo de 1999a.

La razón de referir las Islas de los Bienaventurados a las Canarias tiene que ver fundamentalmente con el mito del Océano, que en la Antigüedad era el lugar por antonomasia del alejamiento. Desde el siglo VIII a. C. se produce lo que pudiéramos llamar el fenómeno de la *oceanización*, es decir, la tendencia a trasladar a los bordes del Océano los lugares más maravillosos, idílicos y felices, como ocurre con nuestro concepto (para su historia en la literatura griega arcaica y clásica remitimos a nuestro trabajo de 1999b). Al ser las Canarias hasta un momento dado (Descubrimientos colombinos) el último extremo por Occidente del orbe conocido y estar situadas en el Océano por excelencia, o sea, el Atlántico, es por lo que recayó sobre ellas, entre otras razones, esa rica mitología atlántica que más arriba denominamos *Imaginario atlántico grecolatino*, del que el mito de las Islas de los Bienaventurados es sólo una parte (para el mito de Océano, especialmente en relación con Canarias, remitimos al excelente trabajo de G. Santana, 2000 y de D. Plácido, 2008).

7.2 Islas Hespérides

Se conoce con el nombre de Hespérides a las descendientes de Héspero, el lucero vespertino, por lo que su nombre viene a significar «las Occidentales». En la mitología griega aparecen sobre todo como cuidadoras del famoso Jardín de las Hespérides, uno de los tantos jardines míticos de la literatura griega antigua, en este caso relacionado con uno de los famosos trabajos de Hércules, mencionado también por primera vez en Hesiodo. El Jardín de las Hespérides, con sus manzanas de oro, custodiadas por unas

Ninfas y un Dragón, donde se encuentra también un árbol de la vida, es un tema muy extendido en el folklore universal. En Hesiodo las Hespérides son hijas de la Noche y viven más allá del ínclito Océano (*Teogonía*, 215-6). Su nombre varía y va de tres a siete y doce, siendo también muy variables sus nombres: Egle, Eritía, Eretusa, Hesperetusa, etc (nos hemos ocupado extensamente de los jardines míticos y no míticos en la literatura griega en nuestro trabajo de 2008). Las localizaciones de este mítico jardín son también muy variables y los autores antiguos nos hablan de la antigua Cirene, el bosque sagrado de Berenice, la región de Tingis (en Mauritania), el lago Tritón, en Lixos, entre los etíopes, etc. A las que hay que añadir las localizaciones en islas, como lo hace por primera vez el poeta griego Estesicoro (s. VI a. C.), quien en uno de sus fragmentos nos cuenta que «... a través de las olas del mar profundo llegaron a la hermosa isla de los dioses, allí donde las Hespérides tienen su casa de oro». En cualquier caso, la primera alusión clara a unas islas atlánticas occidentales como morada de las Hespérides la encontramos en el geógrafo latino Pomponio Mela (s. I d. C.), quien en su *Corografía* (III, 10) nos dice textualmente:

Después empieza el frente costero que, volviéndose a Occidente, es bañado por el mar Atlántico: sus primeras tierras las habitan los etíopes; las de en medio nadie, porque o están abrasadas o encubiertas por las arenas o infestadas de serpientes. Próximas a las tierras abrasadas se encuentran unas islas en las que se dice vivieron las Hespérides.

A partir de Mela hay toda una serie de autores latinos que mencionan unas islas Hespérides situadas más lejos que las islas de las Górgadas, entre los que hay que citar a Plinio, Solino, Marciano Capela e Isidoro de Sevilla, quien en sus *Etimologías* (XIV, 6, 10) dice expresamente:

Las islas de las Hespérides se denominan así por la ciudad Hespéride que estuvo en los confines de Mauritania. Se hallan más allá de las Górgadas, en el límite del Atlántico, hacia donde comienzan los abismos marinos. En sus jardines —según cuentan las leyendas— había un dragón que vigilaba las manzanas de oro. Se dice que allí se origina del mar un estuario tan anfractuoso por sus recortadas orillas que quienes lo contemplan desde lejos creen ver las espirales de una serpiente.

En todo caso, de las fuentes antiguas que acabamos de citar lo único cierto es que se trata de unas islas del Océano Atlántico situadas frente a la costa occidental de África, pero de difícil identificación, ya que pueden referirse a cualquiera de las islas de esta parte atlántica que se conoce como Macaronesia (Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde), aunque historiadores canarios contemporáneos piensan y defienden que se trata de las dos islas canarias de Lanzarote y Fuerteventura (es la teoría de A. Santana y T. Arcos, 2006). Junto con la Atlántida, las Islas Hespérides es uno de los temas que más se ha puesto en conexión con las Canarias. Los argumentos que se suelen esgrimir para justificarlo son esencialmente los siguientes: identificación del Atlas (padre de las Hespérides en algunas versiones) con el Teide de Tenerife, localización del famoso Jardín en alguno de los bellos valles canarios (casi siempre el valle de la Orotava en Tenerife o la Selva de Doramas en Gran Canaria), identificación de las

míticas manzanas con algún fruto de estas tierras (como limones o nísperos, por ejemplo). En la literatura canaria las referencias a Canarias como Islas Hespérides son muy numerosas, de las que aquí destacaríamos el soneto de Manuel Verdugo (1878-1951) titulado «El mito de las Hespérides», cuyo primer cuarteto dice así:

¿Qué fue de las hermanas Atlántidas famosas?
 ¿Eran tres? ¿Era cuatro?... Acaso fueron siete.
 ¿Quién esconde las áureas manzanas prodigiosas?
 ¿Dónde está el erudito que el misterio interprete?

7.3 Atlántida

Designación de uno de los temas míticos más populares y discutidos de la historia y geografía humanas, que ha dado origen a una de las leyendas más misteriosas y románticas del imaginario de la humanidad, capaz de seducir a infinitas generaciones de estudiosos, representantes de casi todas las tendencias del espíritu humano: historia, geografía, oceanografía, geología, arqueología, antropología, etnografía, lingüística, mitología, esoterismo, historia del arte, literatura, etc. Los amantes de todas estas ramas del saber que se centran en el análisis de nuestro tema se aglutinan en torno a una nueva disciplina que ha venido en llamarse *Atlantología*, que no es más que el estudio de todo lo relacionado con la Atlántida. Ahora bien, no todos los miembros de esta disciplina participan en ella al mismo nivel, de suerte que podría hablarse de *atlantólogos* (los estudiosos del tema en general), *atlantófilos* (los que muestran por él un fervor hasta cierto punto exagerado) y los *atlantómanos* (los que rebasan todos los límites de lo razonable). Sólo hasta 1944 se calcula que se habían escrito más de veinticinco mil monografías dedicadas a nuestra isla, lo que da idea de lo fructífero que ha resultado un mito en el imaginario humano.

El tema deriva de la isla mítica *Atlantis* que Platón, hacia el 355 a. C., describe en sus diálogos *Timeo* y *Critias*. En síntesis, en ellos se nos describe la historia de una inmensa isla, más grande que Asia y Libia (África) juntas, situada en el Océano Atlántico, frente a las llamadas Columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar). La isla estuvo habitada por un pueblo poderoso y guerrero (los atlantes), que en un momento dado invadió Europa y fue derrotado por los griegos al mando de los atenienses. Posteriormente, la isla desapareció como consecuencia de un gran seísmo y fue tragada por el mar. Ante un relato como éste caben, en líneas generales, las siguientes posturas: creer que la Atlántida existió realmente, por lo que la narración de Platón correspondería a un hecho histórico, al que el gran filósofo ateniense incorporaría un conjunto de leyendas y tradiciones de distintos pueblos y distintas épocas, o pensar que se trata de una ficción o de una mera invención, con el fin de sustentar una *utopía* político social. En este último caso, que sería el nuestro, estaríamos ante un mito filosófico, que tendría por objeto abordar el tema de la «mejor civilización» o «ciudad ideal», cuestión que nuestro filósofo abordaría en sus diálogos *La República* y *Las Leyes*, por lo que nuestra isla sería simplemente una más de las *islas utópicas* que serán frecuentes a partir de la *Utopía* de Tomás Moro en 1516 (hemos abordado extensamente el tema de la Atlántida en nuestro trabajo de 2006b).

El mito de la Atlántida está presente en la historiografía y literatura canarias a partir del siglo XVI hasta nuestros días. Así, por ejemplo, Leonardo Torriani, en 1592, introduce en su obra el mito platónico para decirnos que después de la Edad de Oro los dioses se repartieron el mundo y a Neptuno le tocó la isla Atlántida, de la que las otras islas recibirían el nombre de Atlántidas, entre ellas las de Canarias. El más clásico de los historiadores canarios, José de Viera y Clavijo, se convertía en 1772, con su obra *Noticias*, en el primer defensor de lo que podríamos llamar «atlantonacionalismo» canario (para este concepto cf. P. Vidal-Naquet, 1992 y 2005), cuando afirma en el capítulo décimo de su libro primero que «quizá las Canarias fueron en otro tiempo una península del África; que por efecto del diluvio en época de Noé se formó de esta península la famosa Atlántida de Platón; que, destruida después la Atlántida, sólo quedan las eminencias de sus montes más elevados, que son nuestras islas». La culminación de esta postura la representa el francés Bory de Saint-Vicent, quien en 1803 publicó una monografía con el pomposo título de *Ensayos sobre las Islas Afortunadas y la antigua Atlántida o compendio de la historia general del Archipiélago Canario*. De las muchas composiciones poéticas dedicadas a nuestro tema destacaré aquí solamente la que el poeta canario José Manuel G. Cabrera compuso en forma de soneto para la exposición, en 1996, del pintor canario Pedro Gil Afonso (Pegia) titulada *Atlántida. Génesis de un universo*, soneto que nuestro poeta tituló «La Atlántida» y que su autor interpreta como una visión sobre el origen de nuestras islas:

Refieren que son las Islas Canarias
parte de la Atlántida sumergida,
aquella civilización perdida
en otras épocas ya milenarias.

Hipótesis ciertas o imaginarias
nos hablan de probable tierra hundida
antiguamente desaparecida
por fuertes conmociones planetarias.

Platón, en un relato sorprendente
basado en Solón, su auténtica fuente,
describe aquel Imperio poderoso

que antaño en el Atlántico se hundiera,
sus grandes alturas dejando fuera
como ese Pico Teide Majestuoso

7.4 Islas Afortunadas

Casi todo lo fundamental sobre este concepto ha quedado dicho en el párrafo 7.1 sobre las «Islas de los Bienaventurados», por lo que remitimos a él (cf. además el trabajo de V. Manfredi, 1993). Únicamente cabría citar ahora un par de textos que consideramos importantes. Uno es el de Isidoro de Sevilla (570-636), perteneciente

a sus *Etimologías* (XIV, 6,8) que tuvo luego una enorme trascendencia y sería muy citado a partir de entonces, sobre todo por la conexión que aquí se hace entre las Islas Afortunadas y el Paraíso, así como la explicación de por qué se llaman Afortunadas:

Las islas Afortunadas nos están indicando, con su nombre, que producen toda clase de bienes; como si se las considerara felices y dichosas por la abundancia de sus frutos. De manera espontánea producen frutos los más preciados árboles; las cimas de las colinas se cubren de vides sin necesidad de plantarlas; en lugar de hierbas, nacen por doquier mieses y legumbres. De ahí el error de los gentiles y de los poetas paganos, según los cuales, por la fecundidad del suelo, aquellas islas eran el Paraíso. Están situadas en el océano, enfrente y a la izquierda de Mauritania, cercanas al occidente de la misma, separadas entre sí por el mar que las circunda.

El otro texto corresponde al poeta canario Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610), quien en su traducción del poema de T. Tasso, *Jerusalén libertada*, añade, entre otras, la siguiente octava real:

Los antiguos filósofos, que fueron
los que lo más oculto investigaron,
como estas calidades y otras vieron,
en tanto a estas islas estimaron,
que por Eliseos Campos las tuvieron
y bien Afortunadas las llamaron,
diciendo que no hay parte acá en el suelo
que así se afronte y frise el cielo.

Esta octava podría ser completada con la que encontramos en su magna obra *Templo Militante*, donde a propósito de *La Purificación* (I, 133-4) vuelve a citar a nuestras islas en los siguientes términos:

Cerca del monte Atlante, que en el cielo
tocar se finge, tienen sus moradas
las siete hermanas que con el blanco velo
están del mar en torno coronadas,
que por su temperancia y fértil suelo
el nombre se les dio de Fortunadas
y hubo quien dijo, viendo ser tan bellas,
que los Campos Elíseos eran ellas.

Con estos textos se inaugura la presencia de nuestro tema en la literatura universal, y canaria en particular, de la que aquí bastaría mencionar sólo dos ejemplos: según Erasmo, la locura nace en las Islas Afortunadas (*Elogio de la Locura*, 1511) y el papel de estas islas en *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez (para lo cual remitimos al espléndido análisis de G. Salvador Caja en su trabajo de 1977). Como símbolo característico de la identidad canaria, el tema de las Islas Afortunadas es sólo una parte del gran *Imaginario atlántico grecolatino* del que hemos hablado más arriba. Decía el

gran mitólogo francés G. Dumézil que el país que no tenga leyendas está condenado a morir de frío, pero el pueblo que no tenga mitos está ya muerto. A este respecto podemos estar tranquilos: somos un pueblo muy *afortunado* en cuanto al mito, dado que nuestro patrimonio mitológico es extraordinariamente rico.

8. Además de las cuatro denominaciones míticas estudiadas hasta aquí, hay otras de menor entidad que también se han querido relacionar con las Islas Canarias. Entre ellas seleccionamos las siguientes:

8.1 Eritía

Etimológicamente significaría «la roja». Es la isla del monstruo de tres cabezas Gerión, que habitaría aquí con su famoso ganado, en busca del cual tiene Heracles que arrostrar uno de sus trabajos más famosos a instancia de Euristeo. La primera mención de esta isla la tenemos en la *Teogonía*, 290, de Hesiodo. Estesícoro (s. VI a. C.), en su poema *Gerioneida*, la sitúa vagamente «más allá del río Tartesos». En los mapas medievales figura una isla Eritía en las inmediaciones de Cádiz o en pleno Océano, frente a la costa occidental africana. Para algún autor, tanto la denominación de la isla como el rebaño rojo que cría harían referencia a la púrpura, por lo que se ha querido situar el mito de Gerión en el ámbito de las Islas Canarias, llamadas, al parecer, «Purpurarias».

8.2 Purpurarias

Islas legendarias en el Océano Atlántico, cercanas a la costa occidental de África, frente a Mauritania, según se desprende del único autor de la Antigüedad que las menciona: Plinio el Viejo. En efecto, en el pasaje de su *Historia Natural* en el que describe las islas del mar etiópico llega a decir lo siguiente: «No ofrece mayor garantía lo que se dice de las islas de Mauritania: solamente hay constancia de unas pocas descubiertas por Juba frente a los autóloles en las que había mandado producir púrpura getúlica» (HN VI, 31, 201) Más adelante, en el párrafo en que habla de las Afortunadas (VI, 32, 202) señala que éstas están a unos seiscientos veinticinco mil pasos de las Purpurarias. De todo ello se infiere que en la zona geográfica señalada hubo unas cuantas islas en las que el rey de Mauritania, Juba II, mandó establecer instalaciones para la obtención de la llamada púrpura getúlica. La púrpura era una sustancia necesaria para conseguir determinados colores en los teñidos de las telas y se piensa que es de origen fenicio. Esta sustancia se podía obtener de varias maneras, animal o vegetal, y una de ellas era a través de ciertos órganos de un molusco marino llamado *murex* que segregaba un licor muy usado en tintorería por los antiguos. De entre los lugares más afamados para la producción de esta sustancia estaba Tiro, Sicilia, islas del Egeo, la isla de Djerba, frente a Túnez, y la Getúlica, de cuyos habitantes, los gétulos, llega a decir el geógrafo latino Pomponio Mela (hacia el 43 de nuestra era) que poseen unas costas muy afamadas por la púrpura y el múrice muy apropiados para teñir (*Coreografía*, III, 10, 104). El tema de la púrpura en las costas atlánticas de Mauritania Tingitana y Canarias ha

sido abordado recientemente por J. M. Blázquez (2004). Ahora bien, la identificación de las Islas Purpurarias no ha sido unánimemente aceptada por los diversos estudiosos. Una opinión tradicional de los antiguos comentaristas de Plinio, y común entre los historiadores de Canarias (Torriani, Viera y Clavijo, S. Berthelot, etc.), es pensar que estas islas pertenecen al Archipiélago canario, siendo concretamente Lanzarote, Fuerteventura e islotes cercanos (Graciosa, Montaña Clara, Alegranza y Lobos). Esta tesis ha sido defendida modernamente por prestigiosos profesores canarios como J. Álvarez Delgado (1945) y A. Díaz Tejera (1988), para quienes las islas indicadas son las únicas que cumplen las precisiones de situación geográfica y de orientación náutica que contiene el texto de Plinio, aunque se podría objetar que en nuestras islas nunca se ha encontrado *murex* suficiente como para establecer una industria tan fructífera como la del monarca mauritano. En cambio, un grupo de sabios alemanes (Leopoldo de Buch, C. Müller, D. J. Wölfel, A. Schulten (1946), etc.) piensa que las islas serían el grupo de las portuguesas de Madeira, lo que tiene el inconveniente de su ausencia de población hasta el siglo XV. Según las últimas y más recientes investigaciones las Islas Purpurarias serían Mogador e islotes cercanos, como han razonado y estudiado a fondo investigadores como S. Gsell, J. P. Desjacques, J. Gattefossé y A. Jodin (es la tesis que defienden, entre otros, F. López Pardo y F. Mederos Martín en su libro de 2008). La cuestión, pues, sigue abierta y lo único seguro es la existencia de tales islas en la fachada Atlántica occidental en las que el ilustre rey africano llegó a establecer unas factorías de púrpura, negocio muy relacionado desde antiguo con la monarquía numidia. Precisamente el hijo de Juba II, y sucesor en el trono, Ptolomeo, fue muerto por el emperador romano Calígula, en el año 40 d. C., al parecer por un arrebato de envidia, por concentrarse en el rey africano todas las miradas debido al brillo de su manto de púrpura, según nos cuenta Suetonio. Para toda la cuestión de Juba II y su relación con las Islas Canarias remitimos al reciente trabajo de A. García García (2009).

8.3 *Teode*

Es una denominación fantasma que ha surgido de la mala lectura que hace Marciano Capela (s. V), en su obra *Las bodas de Mercurio y Filología* (VI, 702), de un texto anterior de Julio Solino (s. III): *proxima <teode>m nomine*. Después de Capela será Vicente de Beauvais (1190-1264) quien la incorporará al catálogo de los nombres latinos de islas en su *Speculum Naturale* (XXX, 17), lo que posteriormente algunos historiadores canarios asumieron como verídico y asignaron la denominación a la isla de La Gomera.

8.4 *Antilia*

Se trata de una isla fantasma, como *Brasil* o *Siete Ciudades*, que surge en la cartografía medieval a partir de 1424. Se ha querido ver en este nesónimo referencias a *Tule* (anti-Tile) o a la *Atlántida*. En todo caso, se está de acuerdo en que de aquí derivaría el término moderno de *Antillas*. La isla será muy citada en autores como Pedro de Medina (1548), Bartolomé de Las Casas y V. Blasco Ibáñez, entre otros. En el ámbito canario, el historiador Tomás Marín de Cubas, en el tercer volumen de su *Historia de*

las *Siete Islas de Canaria* (1694), afirma, sin pudor alguno, que la isla de El Hierro «es la isla Atilia o Antilla, que significa la isla de la noria», aunque en otro pasaje de su obra se contradice y dice que *Antilla* significaría en lengua canaria «tilla», ramo o enmadramiento de las casas. ¡Todo un ejercicio de extraordinaria imaginación!

8.5 *Cerné*

Se trata de una isla legendaria que aparece en algunos textos que tienen que ver con navegaciones fenicias por la fachada atlántica africana, como, por ejemplo, el famoso *Periplo de Hannón*. La citan numerosos autores griegos y latinos, entre ellos el historiador Polibio, quien afirma que *Cerné* está situada en el extremo de Mauritania, frente al monte Atlas. Basándose en referencias como ésta y otras similares algunos autores creen ver en ella a la isla de El Hierro, última tierra conocida por Occidente, teniendo en cuenta que el nesónimo corresponde a una raíz semita (KRN) que vendría a significar algo así como «última tierra». De ahí que se hable de *Última Cerné* como límite conocido del Atlántico sur, de la misma manera que se habla de la *Última Tule* para el caso del Atlántico norte (cf. E. Gozalbes, 2000). Para otros autores, en cambio, *Cerné* correspondería a la isla marroquí de Mogador, en la actual Essaouira, y estaría relacionada con alguna factoría de la púrpura (véase ahora F. López Pardo y V. Guerrero Ayuso, 2008).

8.6 *Elbard*

Es una isla enigmática que se menciona en el famoso islario del cosmógrafo francés André Thevet (1503-1592) que lleva por título *Le grand Insulaire*. En un pasaje de esta obra se habla del nombre de *Elbard* que, al parecer, correspondería a Tenerife, según se desprende de la siguiente cita:

Estando en África escuché de un trujeman que las Islas Canarias fueron descubiertas por un rey llamado Ursembalon, quien al enviar algunos navíos para traficar con sus vecinos, sobrevino una tempestad en el mar que los condujo hasta esta tierra, que llamaron Elbard, a causa de una montaña muy alta que está en nuestro Tenerife, la que llamamos El Pico.

Esta denominación la recoge en sus *Noticias* José de Viera y Clavijo, quien en una nota a pie de página del libro I, cap. 17, dice tajantemente que «los moros llaman a todas nuestras islas Elbard, nombre que ellos derivan del famoso Pico de Tenerife».

9. *San Borondón*. Hemos querido dedicarle un espacio aparte a la isla de San Borondón por considerarla un caso muy especial. Posiblemente sea el tema histórico-geográfico-literario de San Borondón, la isla que aparece y desaparece, isla viajera por las inmensidades oceánicas, una de las leyendas que más hondamente haya calado en el alma del pueblo canario. No sería exagerado afirmar que tal vez el «samborononismo» sea uno de los rasgos más definitorios de la cultura canaria desde el siglo

XVI. Esta isla misteriosa, enigmática y fantasmagórica hasta tal punto está arraigada en el imaginario colectivo del pueblo insular que se la considera la octava isla del Archipiélago canario. En pocos lugares como aquí se ha desarrollado tan ricamente una leyenda como la de la isla *Encubierta, Non Trubada, Encantada, Perdida, Apropositus o Inaccesible*, que son, entre otras, algunas de las denominaciones con las que se conoce la isla canaria de San Borondón en otros ámbitos culturales. Para una puesta al día de los significados de nuestra isla en la cultura universal remitimos a nuestro reciente trabajo de 2004 b).

San Borondón es una isla muy particular dentro de nuestro *Imaginario atlántico grecolatino*. Se trata de un tema que arranca con la vida del monje irlandés San Brandán o Brendán (486-577), también conocido como Brendano, Brandano, Brondón, etc., cuya onomástica celebra la Iglesia católica el 16 de mayo. Fue uno de los monjes irlandeses del siglo VI más activos en propagar el evangelio por todas las islas del Atlántico norte, fundando varios conventos, entre ellos el de Clonfert. Sobre su vida y viajes misionales nos han llegado hasta tres tipos de documentos: una *Navigatio Sancti Brendani*, una *Vita Sancti Brendani* y un *Voyage de Saint Brandan*, los dos primeros compuestos en latín entre los siglos IX y X, siendo el tercero una adaptación en anglo-normando del siglo XII. Según estos documentos, San Brandán recorre el Océano buscando la Tierra de Promisión o isla del Paraíso, en compañía de catorce monjes, encontrándose en su recorrido con un sinfín de islas, como la de los carneros, la de los pájaros, la del Infierno, etc. Finalmente, después de cuarenta días, se encuentra con la ansiada isla de las Delicias. Trascorrido siete años regresa al monasterio de donde había partido. Se está de acuerdo en considerar los documentos que nos transmiten los hechos y azañas de San Brandán como una especie de *imram* (o viaje a islas) de la literatura celta del estilo de los que citamos en el parágrafo 4. En este contexto, el tema de San Borondón recuerda mucho al de otros relatos del mundo atlántico, como son el cuento de San Amaro y el viaje de Trezenzonio. El primero es protagonista de un relato de 1552 sobre la vida de San Amaro y los peligros que pasó hasta llegar al Paraíso Terrenal. El segundo es el protagonista de un texto del siglo XI que describe la visita de un tal Trezenzonio a una mítica Isla del Paraíso en el Atlántico, llamada Gran Isla del Solsticio (cf. M. Díaz y Díaz, «Un viaje a la isla del paraíso», en *Visiones del más allá en Galicia durante la alta Edad Media*, Santiago de Compostela, 1985, pp. 95-112).

Como isla propiamente dicha, San Borondón comienza su andadura en la cartografía medieval desde el siglo XIII hasta el XIX, siendo la primera asociación de San Brandán con las Islas Canarias la que tiene lugar en el planisferio de Hereford (1290), en donde se puede leer en latín la inscripción «Las seis Islas Afortunadas son las Islas de San Brandán». San Borondón, por otra parte, es a la vez un conjunto de otras islas. Es una isla *Perdida* (cf. nuestro estudio de 1998a), denominación que remonta a San Anselmo (s. XI) y que se encuentra en el mapamundi de Ebstorf (s. XIII). Pero es también una isla *Flotante* (cf. nuestro trabajo de 1998b), dada su naturaleza de isla a la deriva, isla movible, isla inestable. Igualmente es una isla *Fantasma* (cf. nuestro estudio de 2004c), por su capacidad de aparecer y desaparecer y una *isla-Ballena*, dado que uno de los episodios más famosos de las navegaciones del santo irlandés tiene que ver con el arribo a una supuesta isla que en realidad era un enorme pez, una especie

de ballena. Y es, por último, una *isla Paraíso* (cf. J. Delumeau, 2004), ya que otro de los episodios más conocidos de la historia de San Brandán es el relacionado con la isla de promisión de todos los santos, que no es otra que el anhelado Paraíso. Hay, pues, muchas islas en la isla de San Borondón.

San Borondón es un referente literario en el que se han inspirado grandes escritores, tanto en prosa como en verso, tanto universales como canarios, entre los que cabría citar aquí a Benito Feijóo, W. Irving, Ch. Kingsley, Vicente Blasco Ibáñez, Jorge Luis Borges, Ignacio Aldecoa, Dulce María Loynaz, Pedro Lezcano, Luis Álvarez Cruz, etc. Son muchas las poesías que se han compuesto en honor de nuestra isla. Como muestra sólo citaré aquí el famoso soneto «Peregrinando a San Borondón», del último de los escritores nombrados anteriormente, cuyo cuarteto inicial dice así:

San Borondón... ¡Oh, mito fantástico de bruma,
tierra intacta y fugaz, divina y deslumbrante!
Yo te amo, extraña isla que surges entre espuma
y entre espuma te hundes y borras al instante.

San Borondón también ha sido llevada a la pintura y a la música. En el primer caso, habría que citar el mural de Juan Ismael, hecho en 1935, titulado *Aparición de la isla de San Borondón*. En el segundo, recordaremos que el conocido grupo folklórico de Los Sabandeños lanzó un disco en 1980 con el título *San Borondón. Romancillos canarios*, magistralmente comentado por los hermanos Carmelo y Martín Rivero, en su libro *Los Sabandeños. El canto de las Afortunadas*, en el que, a propósito de nuestro tema no me resisto a citar el siguiente pasaje: «San Borondón es el paraíso que los canarios han tenido que mitificar imperiosamente, cada vez que lo han necesitado, para escapar *in extremis* de todas sus desgracias y calamidades». Pero me gustaría cerrar este apartado con otra cita más optimista debida al Profesor de Literatura Comparada Alejandro Cioranescu (1911-1992), quien en un artículo periodístico de 1967 (EL DÍA, 12/10/1967), venía a decir que las islas, fueran reales o imaginarias, han estado siempre unidas al romanticismo, al misterio, al paraíso y a los sueños, concluyendo con esta frase sobre nuestra isla: «San Borondón es la mayor prueba de que también el sueño tiene su utilidad, además de su belleza».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBERTO VEGA, A. (1990), «*La vida del bienaventurado San Amaro and the Immram: A Relationship Re-examined*», en J. E. Connolly (ed.), *Saints and their Authors*, Madison, pp. 121-135.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1945), «Las ‘Islas Afortunadas’ en Plinio», *Revista de Historia*, 69, pp. 26-61.
- BLÁZQUEZ, J. M. (2004), «La explotación de la púrpura en las costas atlánticas de Mauritania Tingitana y Canarias. Nuevas aportaciones», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 50, pp. 689-704.

- DELUMEAU, J. (2004), *Historia del Paraíso*, vol. I («Las islas paradisíacas»), Madrid, pp. 183-200.
- DÍAZ TEJERA, A. (1988), «Las Islas Canarias en la Antigüedad», en F. Morales Padrón (ed.), *Canarias y América*, pp. 13-32.
- GARCÍA GARCÍA, A. (2009), *Juba II y las Islas Canarias*, ed. Idea, Tenerife.
- GARCÍA TEJERO, M. (1985), «Escatología griega e Islas de los Bienaventurados», en *Serta Gratulatoria in honorem Juan Régulo*, vol. I, La Laguna, 1985, p. 271-280.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (2000), «Más allá de Cerné», *Eres*, 9, pp. 9-42.
- GRIFFITHS, J. G., «In Search of the Isles of the Blest», *Greece and Rome*, 16, 1947, pp. 122-126.
- GUERRERO AYUSO, V. (2008), «Las naves de Kerné (II)», en *Los Fenicios y el Atlántico*, pp. 69-142.
- KAPPLER, Cl. (1986), *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. (2008), «Las naves de Kerné (I)», en *Los Fenicios y el Atlántico*, pp. 51-67.
- LÓPEZ PARDO, F., y Mederos Martín, A. (2008), *La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas*, Sevilla.
- MANFREDI, V. (1995), «A mesopotamian Origin for the Myth of the Fortunate Islands?», *Fortunatae*, 7(1995), 319-24.
- (1993), *Le Isole Fortunate*, Roma, (hay traducción española).
- MARTÍNEZ, Marcos (2008), «Descripciones de jardines y paisajes en la literatura griega antigua», *CFC(egi)*, 18, pp. 279-318.
- (2006a), «Las Islas Afortunadas en la Edad Media», *Cuadernos del Cemyr*, 14, pp. 55-78.
- (2006b), «La realidad textual y su interpretación: en torno al mito platónico de la Atlántida», en E. Padorno- G. Santana (eds.), *La realidad textual*, Universidad de Las Palmas de G. C., pp. 211-238.
- (2004a), «¿Filoctetes precursor de Robinson? El motivo de la isla desierta en Sófocles», en I. García-S. Talavera (eds.), en *Charisteion Francisco Martín García oblatum*, Cuenca, pp. 289-307.
- (2004b), «Los significados de San Borondón», *Estudios Canarios*, 47, pp. 197-210.
- (2004c), «La isla Brasil y otras islas fantasma», en *Actas del Congreso Internacional IV Centenario de Anchieta*, Tenerife, pp. 621-652.
- (2002), *Las Islas Canarias en la Antigüedad clásica. Mito. Historia. Imaginario*, Tenerife.
- (1999a), «Rerum Canariarum Fontes Arabici», *Revista de Filología (ULL)*, 17, 1999c, 427-439.
- (1999b), «Las Islas de los Bienaventurados: historia de un mito en la literatura griega arcaica y clásica», *CFC(egi)*, 9, (1999) pp. 243-279.
- (1998-99), «Nesología», *Philologica Canariensia*, 4-5, pp. 476-496.
- (1998a), «El mito de la *Isla Perdida* y su tradición en la historia, cartografía, literatura y arte», *Revista de Filología (ULL)*, 16, pp. 143-184.
- (1998b), «Islas flotantes», en N. Palenzuela (ed.), *Las islas extrañas. Espacios de la imagen*, Las Palmas de G. Canaria, pp. 47-67.
- (1994a), «La onomástica de las Islas Canarias de la Antigüedad a nuestros días», recogido ahora en nuestro libro *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento*, Tenerife, 1996, pp. 79-153.
- (1994b), «Islas escatológicas en Plutarco», en *Actas del III Simposio Español sobre Plutarco*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994b, pp. 81-107.

- (1993), «Sobre el plural ‘Islas Canarias’ en la Antigüedad», en *Strenae Emmanuelae Marre-ro Oblata*, La Laguna, vol. II, pp. 5-63.
- (1992), *Canarias en la Mitología*, Tenerife.
- MONTESDEOCA MEDINA, J. M. (2007 y 2008), «Las Islas Canarias en los Islarios», I, *Fortunatae*, 18, pp. 107-124 y II, *Fortunatae*, 19, pp. 101-126.
- MUND-DOPCHIE, M. (2009), *Última Thulé. Histoire d'un lieu et genèse d'un mythe*, Droz, Ginebra.
- PERRY, W. J., «The Isles of the Blest», *Folklore*, 32, 1921, pp. 150-170.
- PLÁCIDO, D. (2008), «Océano y sus hijos: la proyección espacial del mito», en R. González Antón y otros (eds.), *Los Fenicios y el Atlántico*, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid, pp. 31-37.
- SALVADOR CAJA, G. (1977), «Las Islas Afortunadas en ‘Cien años de soledad’», en *Cuatro conferencias de tema canario*, Las Palmas de G. C., pp. 43-65.
- SANTANA HENRÍQUEZ, G. (2000), «El mito griego Océano en la literatura canaria» y «El mito del Océano en la historiografía canaria», en su libro *Tradición clásica y literatura española*, Universidad de Las Palmas de G. C., pp. 29-40 y 139-161, respectivamente.
- SANTANA SANTANA, A., y Arcos Pereira, T. (2006), «Las dos islas Hespérides atlánticas», *Gerión*, 24, pp. 85-110.
- SCHULTEN, A. (1946), «Las Islas de los Bienaventurados», *Ampurias*, VII-VIII, pp. 5-22.
- VIDAL NAQUET, P. (2005), *L'Atlantide. Petite histoire d'un mythe platonicien*, ed. Les Belles Lettres, París.
- (1992), «La Atlántida y las naciones», en *La Democracia griega. Nueva Visión*, Madrid, 108-128.
- YETTS, W.P., «The chinese Isles of the Blest», *Folklore*, 30, 1919, p. 38 y ss.